



Conjuntos sardanistas bailan en el Nou Camp durante el acto de entrega del trofeo de campeones de Liga, que conquistó el equipo barcelonés la temporada pasada.

EL BARÇA: BODAS DE DIAMANTE

JOSE María García ha dicho en *El Indiscreto Semanal* que para notar la peculiaridad del Barça basta con asistir a una Asamblea del club. No terminan con el grito «Viva don Vicente Calderón», sino con el grito «Visça Catalunya». No creo mentir si digo que la primera publicación «progre» que se tomó en serio la significación del Barça fue la presente, y precisamente a través del abajo firmante, en un reportaje aparecido hace ya cinco años. A mí todo esto de la subcultura ya me revienta, no porque haya perdido mi creencia de que hay que abordarla con seriedad, sino porque en este país de clasificadores aún arrastro el adjetivo «subcultural», con el que seguramente moriré, a manera de bandera de lunares sobre un ataúd de la Asociación de la Prensa. Si me pongo otra vez de un subcultural subido es porque mi ciudad se ha llenado de banderas azulgranas, los co-

ches se han llenado de adhesivos alusivos al 75 aniversario del club y personajes tan dispares y representativos como el capitán general de Cataluña, el alcalde Massó, el abad de Montserrat o el señor Utrera Molina se han llenado la boca de barcelonismo en los últimos días.

Las fiestas del 75 aniversario

tremendamente unitaria que reúne en su seno todos los contrastes, todas las contradicciones de Cataluña. Cuando un seguidor del Madrid agita una bandera blanca, en realidad agita la prolongación de la camiseta de Pirri. Cuando un seguidor del Barça agita la bandera «blaugrana», en realidad traduce a otros colores la

taciones callejeras (victoria en la Liga, eliminación del Atlético de Madrid en la Copa, victoria sobre el Feyenoord, etcétera). El grito «Barça, Barça, Barça» sólo ha tenido un competidor en el de «Visça Catalunya», y no se trataba de enanos infiltrados en la manifestación, para utilizar la terminología blaspiñaresca. Es que sale así. Es que es así, por más que la progresía del interior arrugue el ceño o teja una sonrisa de comisaría de alienaciones, cuando se intenta explicar por qué es cierto que el Barça es algo más que un club.

M. Vázquez Montalbán

de un club de fútbol no tienen por qué incidir en la vida civil. Pero es que el Barça es diferente, y lo es porque el país también lo es, y usted, y yo, y, sobre todo, el señor Girón. Es éste el país con más peculiaridades «per cápita» y hay que considerar como una más el que un club de fútbol sea el símbolo de un pueblo y que no sea una exageración equipararlo, lo que no quiere decir identificarlo, con una organización de masas

vieja bandera de las cuatro barras. Y de un tiempo a esta parte, la vieja bandera catalana salpica de vez en cuando, aquí y allá, los bosques de banderas azulgranas, y en el estadio del Feyenoord vi que a alguien se le había ocurrido una extraña bandera «blaugrana» en el haz y con las «quatre barras» en el envés. Estas salpicaduras pasan de las banderas a las palabras. Las victorias del club han dado pie a muchas manifes-

En la riqueza y en la pobreza

El pueblo catalán está casado con el Barça en la riqueza y en la pobreza. Su incondicionalidad ha superado baches deportivos de trece años, aumentando, no obstante, el número de socios y las

finanzas del club. Aquí falla uno de los principios generales más defendidos por los teóricos del deporte que ligan fidelidad a victoria. De un tiempo a esta parte, los comentaristas deportivos de la capital han ligado la trayectoria triunfal del club al mucho dinero que tiene. Se llegó a hacer cuestión «social» y «nacional» del fichaje de Cruyff, y cotidianamente rebota un extraño sentido de la austeridad económica cuando se especula sobre lo que el Barça paga en primas. Agustín Montal está ya un poco martirizado por la cuestión y no es de extrañar que el hombre recurra al sentido del humor para liberarse de la pesadilla.

—Oiga, don Agustín, ¿qué prima se van a llevar los jugadores en Holanda?

—¿De qué prima me habla usted? No. No tengo ninguna prima en Holanda.

Agustín Montal es un hombre que se expresa con una cierta dificultad en castellano, y en cambio, casi puede decirse que es un orador popular cuando se expresa en catalán. Y no es cuestión de mala fe, se lo aseguro. Es el resultado lógico de haber pensado y hablado en catalán prácticamente desde el día en que nació. Puede decirse que la actual Junta del club está hecha no a su medida personal, sino a la medida del tipo social que el señor Montal encarna: Un miembro de la burguesía catalana regionalista, congénitamente liberal, porque en el largo forcejeo con el centro, a los catalanes no les ha quedado otro recurso que caracterizarse por todo lo que no caracterizaba al centro. La actual Directiva responde al retrato-robot de lo que se ha llamado «la derecha civilizada» y sus conexiones extradeportivas van por ese camino: Círculo de Economía, Joven Cámara, Banca Catalana. Montal tiene dos o tres retratos prefabricados. Uno es el que se pone cuando le hacen entrevistas en Televisión Española. Entonces parece un diplomático andorrano parapetado tras el tópico. Otro retrato es el de Montal cuando asume su representatividad, toma la iniciativa y habla en público en nombre del club. Entonces parece un diputado a Cortes por el tercio nacional, aunque creo que este tercio no existe.

Otro es el Montal que yo vi departiendo con el embajador español en La Haya media hora antes de tomarse una docena de ostras con vino del Rhin. El tránsito de la diplomacia al «relax» de sobremesa traduce también de alguna manera ese géminis histórico que caracteriza a los catalanes públicos, que han de ir a Madrid has-

ta para que les certifiquen, con póliga de tres pesetas, que el Meditarráneo está donde estaba. Es decir, los catalanes sólo se sienten seguros de sí mismos dentro de Cataluña, como si controlaran puntos cardinales propicios, y Madrid es ese lugar del mapa donde siempre hay que ir a pedir algo, que no se sabe por qué hay que pedirlo allí y ni siquiera por qué hay que pedirlo.

No sé si me estoy explicando, pero trato de decir que los actuales dirigentes del club representan por sublimación esa boda del público con una institución que entienden, que les expresa, que se convierte, por tanto, en una posibilidad de proceso comunicacional completo, en el que funciona el efecto del *feed-back*, de la posible respuesta participativa del público. Es decir, el club es una *seña de identidad* del pueblo catalán y que el renacimiento del anticentralismo, a lo largo y ancho de España, está buscando señas de identidad cueste lo que cueste, sean las que sean. Por ejemplo, estuve hace unos meses en Asturias y me di cuenta que, al igual que en Extremadura, Andalucía o Aragón, está naciendo una conciencia de la peculiaridad, que busca puntos de apoyo en mitos propios, intransferibles. Y en Oviedo vi cómo el «Tarangu», José Manuel Fuente, ciclista de profesión, mantenía la atención de intelectuales y campesinos en el transcurso de la Vuelta a Italia. Las referencias al «Tarangu» se mezclaban en cualquier conversación sobre los problemas de Asturias, y puestos a reivindicar valores locales, se reivindicaba a José María García, el periodista popularmente conocido como «Butanito», asturiano y, por ello, automáticamente investido del duro traje de la representatividad.

Setenta y cinco años después

Josep Artells, en su estudio sobre el «Barça», aparecido en Editorial Laia, ha establecido la relación que hay entre el club y las peripecias políticas de la burguesía catalana a través de toda su historia. Es un club, ya desde sus orígenes, fuertemente condicionado por el talante pequeño burgués, liberal, regionalista, de sus primeros simpatizantes. Es un club que incide en la vida civil catalana a lo largo de la Dictadura y, sobre todo, durante la República, cuando su boletín, en parte por obra y gracia de Antoni Cavestany, se convierte en un foro de discusión deportiva, política, civil. No hay que olvidar que Sun-

yol, el presidente del club al estallar la guerra civil, se equivoca de línea de combate por tierras del Guadarrama y no vive para contarle. Tampoco hay que olvidar que en 1939 hubo quien quiso suprimir el club, y otros más moderados trataron sólo de que cambiara de nombre, porque se juzgaba peligrosa la tradición de un club apellidado igual que una ciudad conflictiva. Finalmente, todo quedó en la nacionalización del nombre del club, que pasó de ser Barcelona Fútbol Club a Club de Fútbol Barcelona, al mismo tiempo que el Athletic de Bilbao perdía la hache.

Es cierto que el club se salvó gracias a los «catalanes de Burgos» o a los catalanes de derechas, que incluso habían padecido persecución política bajo la República durante la guerra. Pero inmediatamente el club sirvió de proyección para el replegado sentir del público. En los años cuarenta, ser partidario del Barça era el último y el único recurso de Galileo para seguir pateando y sosteniendo que la tierra se movía. Y este carácter no lo ha perdido. Incluso lo ha acentuado, y si en estos momentos el club sigue siendo algo más que un club, es por su simbolismo tradicional y porque es un espacio y un tiempo histórico albergados en un ámbito de piedra y hierros: Es una asociación, un lugar de reunión y una posibilidad de expresión; es, por tanto, un medio de comunicación total.

Obsérvese que la identificación catalana del club no corre pareja con la catalanidad de la plantilla. Pocas veces el Barcelona ha tenido menos jugadores catalanes en activo que en la actualidad. Sólo Mora, Rifé, Torres y Rexach son jugadores catalanes titulares; pero en el momento en que Rifé y Torres dejen paso a otros, sus presuntos herederos no son del país, y el Barça, dentro de dos años, puede quedarse sólo con Mora y Rexach como catalanes habitualmente alineados. La representatividad del club está por encima de la partida de nacimiento de los jugadores. Sorpresa que hay que cargar una vez más a los peculiares mecanismos comunicacionales vigentes por aquí.

También pasa por alto el público la dureza económica de los actuales responsables del club, que han duplicado cuotas de abono, elevado las tarifas de las entradas e incluso han hecho pagar al público para entrar en los partidos conmemorativos del 75 aniversario. El amor oculta los defectos del ser amado, y el público identifica fácilmente la succión económica a que le somete el

club con el coste de los fichajes de Cruyff, Sotil, Marinho, Neeskens o el pago de una plantilla al menos tan cara como la del Real Madrid. ¿Alienación? ¿Y por qué no verlo como una desesperada y colectiva necesidad de identificación? ¿Condenable? ¿Y por qué no verlo como un elemento de higiene mental al alcance de un público condenado al silencio? ¿Evasión? ¿Alguien ha visto el carácter que a los pocos segundos toma cualquier manifestación popular de apoyo al club?

A los catalanes les derribaron los castillos entre el conde duque de Olivares y Felipe V. El castillo mejor conservado de Cataluña es el que está sobre Torroella de Montgrí, y se salvó de la demolición porque no estaba acabado, y la burocracia de Felipe V debió considerar que un castillo que no está acabado no es un castillo. Tal vez por eso, sin un Rodrigo Díaz de Vivar propio que llevarnos a los labios, tengamos que recurrir a castillos y mitos banales y difícilmente presentables a gentes serias y responsables. Últimamente observo que van a ver partidos del Barça no sólo los martirizados miembros de la fenecida «gauche divine», sino incluso miembros de la izquierda como Dios manda y de la derecha como Dios mandará. Es un síntoma de que por aquí se empieza a tomar en serio eso de que el Barça es algo más que un club.

Como se lo ha tomado Miró al hacer el cartel conmemorativo, o las fuerzas vivas, que han secundado la fiesta para no perderse. Desde la exposición iconoclasta del pintor Vitriolo sobre tema barcelonista hasta el libro colectivo sobre lo mismo, que está en manos de Oriol Bohigas, Pep Terres, Artells, Cirici i Pellicer, Josep Carreras, Ernest Lluch, Eugeni Giral, Joaquim Ibarz, etcétera, etcétera, el club ha penetrado en todos los estamentos culturales y ya está en el corazón de todas las clases sociales. El abad de Montserrat reconoció que ha sido un factor de integración de los emigrantes, y cada domingo, la participación masiva del público se convierte en el referéndum de un país sobre su voluntad de futuro. Setenta y cinco años de historia, casi los mismos que tiene la historia del renacimiento de la conciencia histórica catalana, y de alguna manera una y otra trayectoria se complementan y en alguna medida se explican mutuamente. No todos los catalanes saben, por ejemplo, quién era el conde duque de Olivares, y en cambio saben perfectamente quien es don Santiago Bernabéu. ■